

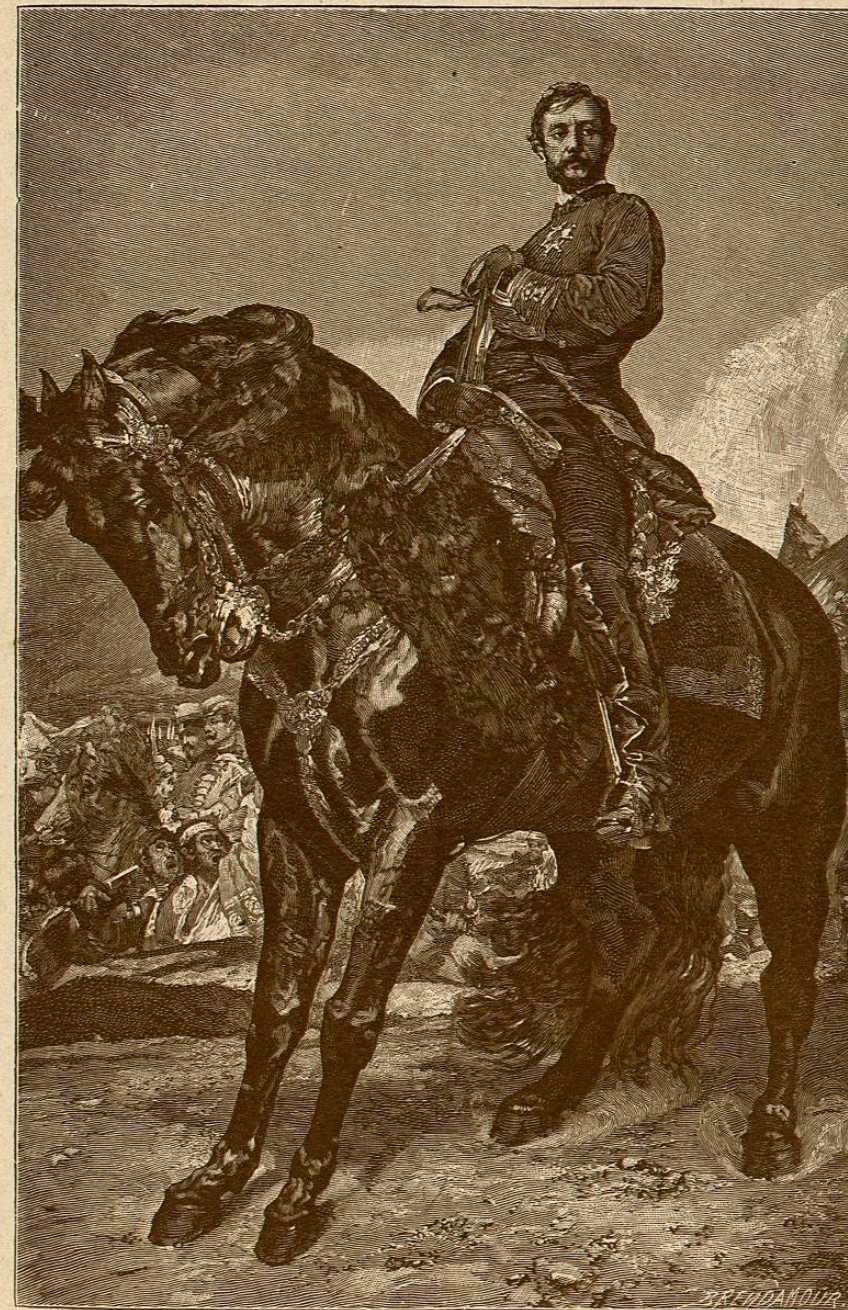
partido se despertaba; que el gobierno republicano se desacreditaba de día en día; y que si no se podía obrar mancomunadamente, es decir, las representaciones de las tres potencias unidas, obrarían los franceses solos. En cuanto al convenio de la Soledad, el ministro de Francia se preocupaba poco de él, pues la conducta de Juárez daba ya y daría, sobre todo en lo porvenir, pretextos sobrados para declararlo nulo. Tal era el catecismo de los asuntos mexicanos redactado tiempo hacía por el Sr. de Saligny para uso de Europa. Y lo más chocante era que cincuenta leguas más lejos, en Tehuacán, los recién desembarcados habrían podido aprender un catecismo muy diferente, tan reservado en sus fórmulas como rotundo y dogmático era el otro en sus afirmaciones. El almirante Jurien, en contacto con la realidad, había acabado por aceptar con gran desconfianza los informes de su colega; y aunque comprendía que las ideas del Sr. de Saligny eran las que más favor encontraban en París, parecíanle tan peligrosas, tan excesivas aquellas ideas, que vacilaba en doblegarse á ellas. Animado de este espíritu, esforzábale por mantener entre los comisionados de las tres potencias la poca armonía que aún quedaba. Su plan, más honrado que practicable, tendía á una amnistía general decretada por Juárez y á una especie de consulta nacional, exenta de fraudes, de violencias y de dolos, que en un sentido ó en otro fijara la suerte de México. De estas dos opiniones era natural que Lorencez y sus compañeros aceptaran la del Sr. de Saligny, que estaba en Veracruz, con preferencia á la del almirante Jurien, que sólo llegaba hasta ellos por correspondencia y como debilitada. Y no sólo dieron crédito al ministro de Francia, sino que además ajustaron sus informes á los de éste, con lo cual se engañaron á sí mismos, lo cual era muy grave, y engañaron á su país, lo que era más grave todavía, porque en Francia se sumarían los testimonios, y á los despachos de Saligny se juntarían las cartas de Lorencez y las correspondencias de sus oficiales; y como en todas partes se encontraría la misma conclusión, se consideraría la acumulación de estos sufragios razón bastante para llevar adelante la misma política, sin tener en cuenta que todos aquellos informes procedían de una fuente única, que todas aquellas voces no eran sino el eco de una sola voz.

Almonte permaneció durante los primeros días de marzo en Veracruz, en donde su presencia no podía, en rigor, dar lugar á muy enérgicas reclamaciones; pero poco después alejóse de la costa y en unión de sus compañeros penetró en el interior, protegido por un batallón de cazadores de á pie, y el 23 de marzo estaba en Córdoba. Al tener noticia de esto, Dunlop, sir Carlos Wyke y Prim redoblaron sus quejas, pidieron nuevas explicaciones y reclamaron la celebración de conferencias. El Sr. de Saligny contestó al comodoro Dunlop, como ya lo había hecho en otra ocasión, invocando la voluntad de su soberano. Cuando el general Lorencez llegó á Orizaba de paso para Tehuacán, Prim celebró con él una larga entrevista, y valiéndose de toda clase de argumentos, le hizo ver la debilidad del partido monárquico. Si hemos de creer al general español (1), su

(1) Despacho del general Prim al ministro de Estado, 19 de marzo de 1862 (*Documentos comunicados á las Cortes relativos á los asuntos mexicanos, 1862*).

colega francés quedó hondamente impresionado por la fuerza de sus razones, pero añadió que los informes del gobierno imperial eran completamente contrarios á los suyos. El 27 avistóse Prim en Tehuacán con el almirante Jurien, el cual hallábase agobiado por crueles perplejidades, pues sobre él pesaban de una parte las intenciones del emperador, que cada día veía más claras, y de otra el convenio de la Soledad, que había firmado. Aunque poco afectó al Sr. de Saligny, cuyos informes consideraba demasiado apasionados, y á pesar de la inquietud que le inspiraba el éxito de la empresa, Jurien no se creía con derecho para perseverar en una política contemporizadora que seguramente sería desautorizada en París. De aquí cierto cambio en su conducta: su idea dominante era denunciar lo más pronto posible el tratado de la Soledad, retroceder hasta el pie de las montañas antes de que reinara allí la fiebre amarilla, y luego, después de haber hecho honor á su palabra, reconquistar como enemigo leal las abandonadas posiciones. Prim, al oír la exposición de este plan, protestó enérgicamente y declaró que antes que asociarse á él se reembarcaría con su ejército. El almirante impresionado por tal lenguaje, consintió en aplazar su resolución, pero manifestando que desde luego retrocedería de Tehuacán á Córdoba, desde donde podría en pocos días descender de nuevo á las *tierras calientes*, según disponía el convenio de la Soledad, para luego reanudar su marcha ofensiva conforme quería sin duda su gobierno. El objeto principal que Prim perseguía era el alejamiento de Almonte; y Jurien, al tratar de este punto en la conferencia, no ocultó su disgusto por la protección, quizás desmedida, que se había otorgado á los desterrados mexicanos, añadiendo que esta medida había sido adoptada sin su conocimiento y que recomendaría á los emigrados prudencia y no les permitiría avanzar más allá de Córdoba. Prim insistió á fin de obtener mayores ventajas indicando la conveniencia de que Almonte y los demás reaccionarios fuesen reembarcados ó enviados cuando menos á Veracruz. «No, no, nuestro honor nos lo veda,» replicó el almirante, poniendo en esta respuesta una energía singular capaz de desconcertar toda nueva solicitud en aquel sentido. En efecto, el momento era poco á propósito para reclamar tal sacrificio: cinco días antes, un mexicano de alto rango, afiliado al partido conservador, el general Robles, había querido atravesar los campamentos juaristas y llegar á Tehuacán para ponerse de acuerdo con nosotros; pero había sido detenido no lejos de nuestras líneas y fusilado en el acto como traidor; por consiguiente, cuando Juárez castigaba con pena de muerte toda gestión en favor nuestro, era nuestro deber no desautorizar á quienes á nosotros se confiaban. Y acerca de esta cuestión de dignidad, el almirante Jurien, por muy transigente que fuese, no podía emplear otro lenguaje que el que hubiera empleado el propio Sr. de Saligny.

Nada quedaba ya de la alianza y el desdichado convenio de Londres se desmoronaba. Celebróse entonces, no tanto para restablecer el acuerdo como para hacer patente la separación, una última conferencia que tuvo lugar en Orizaba en 9 de abril y á la cual asistieron todos los comisionados, incluso el Sr. de Saligny que hasta aquel momento había invocado motivos de salud para no salir de Veracruz. También fueron convocados



EL GENERAL D. JUAN PRIM Y PRATS, MARQUÉS DE LOS CASTILLEJOS
Cuadro de E. Regnault, existente en el Museo del Louvre

á ella todos los secretarios de legación, como si se hubiese querido que el mayor número posible de testigos presenciaran aquel rompimiento solemne. Apenas abierta la sesión, el general Prim recordó los primeros actos de la campaña y luego concretó claramente el objeto de la reunión en los siguientes términos: zera compatible con el convenio de Londres y con los preliminares de la Soledad la presencia del general Almonte entre las filas de las tropas francesas? El almirante Jurién, puesto en el caso de dar una explicación, hizolo con mucha lealtad, esforzándose por disimular bajo la cortesía de las formas la crudeza de los disentimientos y declarando: que lejos de violar el tratado de la Soledad lo cumpliría al pie de la letra, costárale lo que le costara; que al retirar sus tropas de Tehuacán y comenzar el movimiento de retroceso, había indicado ya su voluntad de no aprovecharse de las posiciones benévolamente concedidas, y que no abandonaría á Almonte porque era un proscrito que, como tal, tenía derecho á la protección y que regresaba á su patria no para encender la guerra, sino con intenciones conciliadoras y por indicación del propio emperador, que le honraba con su benevolencia. Sir Carlos Wyke y el general Prim protestaron: «Almonte, replicaron uno y otro, no es un desertado á quien se trata de proteger contra sus enemigos políticos, sino que por su propia voluntad ha abandonado el asilo seguro de Europa y ha desembarcado en México animado de propósitos hostiles contra el gobierno establecido. ¿Es correcto que le prestemos nuestro apoyo mientras negociamos con ese mismo gobierno? No pedimos que Almonte sea entregado á Juárez, pero sí que se le envíe nuevamente á Veracruz.» Los ingleses y los españoles invocaron una vez más el convenio de Londres, á lo que contestó Jurién con cierta energía: «Si el convenio de Londres ha sido violado, lo ha sido no tanto por la protección otorgada al general Almonte como por los excesivos miramientos que hemos guardado al gobierno de Juárez;» y, como acusándose á sí mismo, añadió que más conforme con las intenciones de su soberano hubiera estado la conducta aconsejada por el Sr. de Saligny. Hasta entonces la discusión había sido correcta, pero la intervención del Sr. de Saligny dió al debate un carácter apasionado; el ministro de Francia atacó con gran vigor al gobierno de Juárez y recapituló todos los recientes agravios por nuestros nacionales recibidos. «Es muy extraño, arguyó sir Carlos Wyke con acritud, que no haya llegado hasta nosotros la noticia de estos agravios.—Los súbditos franceses, replicó el Sr. de Saligny, no acostumbran exponer sus quejas á la legación británica.» Ante este lenguaje, repuso sir Carlos Wyke con mayor acrimonia: «¿No habéis dicho que el convenio de la Soledad no tenía á vuestros ojos más valor que el del papel que había servido para escribirlo?—No tengo confianza alguna en los que gobiernan México,» respondió el señor de Saligny. Y una vez perdido el mutuo respeto, comenzaron las recriminaciones que hasta entonces habían estado contenidas. El general Prim, interpellando directamente al Sr. de Saligny, le dijo: «Habéis dicho á uno de nuestros coroneles y al cónsul de España que el secreto de mi hostilidad á la monarquía de Maximiliano eran mis propias aspiraciones al imperio de México; os ruego que me expliquéis estas palabras.—No he hecho

TOMO XI

más que repetir lo que en todas partes se decía,» replicó el ministro de Francia; y de un modo bastante artificioso enumeró las insinuaciones, las cartas y los artículos de periódicos que habían dado origen á aquel rumor. El general español negó solemnemente toda ambición personal. La reunión era cada vez más tumultuosa y para la dignidad de los plenipotenciarios era de desear que no se prolongara: sir Carlos Wyke y el general Prim volvieron á pedir el alejamiento de Almonte, á lo que se negaron unánimemente los dos comisionados franceses; entonces los ingleses y los españoles, dando por terminada la conferencia, anunciaron su resolución de reembarcar sus tropas para Europa.

No tardaron en cumplir su palabra. Los marinos ya se habían embarcado; y en cuanto á los batallones españoles víoseles á mediados de abril bajar de Orizaba á las *tierras calientes* y llegar luego á Veracruz desde donde regresaron á la Habana. La Gran Bretaña apresuró á ratificar las resoluciones adoptadas por sus plenipotenciarios; en España la conducta de Prim fué asimismo aprobada oficialmente, pero en el público subsistió el pesar de ver interrumpida una gran empresa que durante algún tiempo había halagado el orgullo nacional. Cuando se separaban los aliados, los unos para comenzar la guerra y los otros para emprender la retirada, llegó el correo de Francia que llevaba al almirante Jurién de la Graviere la desaprobación del tratado que había firmado. El valiente marino, caído en desgracia, retiróse, aunque por poco tiempo: era la primera víctima de México.

VI

En el transcurso de la larga aventura mexicana veremos surgir muchos peligros, políticos y militares. Crítica como ninguna fué la situación de Lorencez, que se había quedado solo en Córdoba, mientras se dirigían á Veracruz y los buques ingleses desaparecían con rumbo hacia las Bermudas.

El pequeño ejército contaba apenas seis mil combatientes, excelentes soldados, sin duda alguna, y muy aguerridos, pero cuya calidad no compensaba lo reducido del número, y por añadidura á dos mil leguas de distancia de la patria. Entre Veracruz, base de nuestras operaciones, y las regiones en que nuestras tropas acampaban, extendíase la ancha faja de las *tierras calientes* que muy pronto se vería infestada por las guerrillas y por la fiebre amarilla, más terrible aún que éstas. La desdichada guarnición que se había quedado en Veracruz no era otra cosa que una presa de antemano abandonada al vómito y no se sabía qué quedaría de ella cuando volviera la estación salubre. Al Oeste, por la parte de las mesetas, había una región inmensa, poco conocida y que había de ofrecer innumerables refugios á nuestros adversarios vencidos. El mismo caudillo no parecía á la altura de la misión que se le había confiado: general de división desde hacía unos días solamente, no tenía el hábito ni la autoridad de los grandes mandos, y aunque los que de cerca le conocían alababan su valor, su rectitud y la distinción de sus maneras, no formulaban sino un elogio muy reservado respecto de todo lo demás. Frío, retraído, de porte severo, observador exacto de la disciplina para los demás como para